

dan ahora y escaseaban antes. Quizás también en otras épocas se moría de tuberculosis, pero no se estudiaba la enfermedad, ni inspiraba el sagrado terror que hoy inspira. Cuando pensamos en la antigüedad griega, se nos figura que entonces no existían ciertos padecimientos horribles y tristes de la edad moderna, contra los cuales la ciencia lucha á brazo partido. ¡Error de óptica, originado por la distancia! Leyendo á Hipócrates, ese gran científico instintivo y prematuro, y sus admirables descripciones de pestes y contagios, se nos aparece una edad pagana muy distinta de la decoración de las «bodas clásicas» en la ópera *Mefistófeles*: una edad pagana no alegre y serena, como se ha dado en decir, sino perturbada y ensombrecida por las mismas calamidades del período medioeval: pestes, infecciones, miserias orgánicas, venenos bebidos en la misma fuente de donde debiera surgir la vida. Poco importa que la fantasía griega transformase en mito la peste, atribuyéndola á las flechas de Apolo ó á las iras de Minerva: no por eso dejaba de herir, de diezmar los reales de Agamenón y las haces de Alejandro Magno.

* * *

Cuesta trabajo explicarse la rápida formación de una leyenda y cómo la aceptamos sin examinar sus fundamentos en la realidad y en la historia. La idea de la alegría griega, de la feliz y risueña existencia pagana, es muy discutible ante una crítica que tome en cuenta los textos generales y la misma literatura bella, por ejemplo la dramática. Todo el teatro griego es una serie de inauditos crímenes y dolores; la fatalidad se cierne sobre él, envuelta en nubes de sangre; Atreo, Filoctetes, Medea, Jason, Electra, Orestes, Clitemnestra, Antígona, de todo tendrán menos de alegres y serenos, de risueños y de olímpicos. El peso del destino, de la fatídica ley, gravita sobre ese teatro con más fuerza que sobre ninguna de las obras de arte literario que después vienen. De ninguna lectura surge imponiéndose lo amargo y desconsolador de la vida humana como del teatro griego, y creo que no hay libro místico que así demuestre la nada de las cosas, la vanidad del sueño que soñamos entre la cuna y el sepulcro.

* * *

Romero Robledo, que tan artísticamente — es la palabra — desempeña la presidencia del Congreso, ha tenido una diabólica idea: la de las sesiones á las nueve de la mañana. ¡Si al menos estas sesiones madrugadoras se consagrasen á los presupuestos! No asistiría un alma, y en paz. Pero es el caso que las dedica al debate político, y cata el madrugón, no sólo para los diputados, sino para las señoras golosas de oratoria parlamentaria.

La cual es cada día más entretenida y donosa. Ayer, por ejemplo, parte de la sesión se consagró al magno problema de los sombreros de las señoras en el teatro. Yo encuentro excelente determinación la de prohibirlos: á la verdad, estorbaban infinito á propios y extraños, y con el desarrollo progresivo de las alas, que ya alcanza al diámetro de una sombrilla regular, iba resultando algo pesada la broma al burgués exigente que cree adquirir en la taquilla, con la butaca, el derecho de ver la función; pero me sorprende agradablemente el que estas cuestiones se lleven al santuario de las leyes, aunque de llevarlas tengo por injusto que no se conceda la palabra, para intervenir en el debate, á María Guerrero (no la actriz, la modista de la calle del Carmen) y no se señale turno para discutir los chalecos de colorines que lucen algunos señores y que molestan á las señoras, trastornando todas sus nociones acerca de la estética de la indumentaria masculina, tan interesante para nosotras como, por lo que se ve, lo es la nuestra para ellos. La Cámara popular no puede menos de resolver con urgencia cuestiones de tal magnitud. (0'75 de ala, lo menos, y después las plumas.)

* * *

Ni apadrino ni rechazo..., etcétera; sólo digo que si los señores diputados adoptan la misma resolución para las tribunas que se ha adoptado en los teatros, y nos invitan á dejar el sombrero en la guardarropa, bajo la custodia benévola de los ugieres, me dispensarán un favor; porque las tribunitas son un horno, y en ellas se estaría menos mal en bata y en pelo, que soportando las apreturas del correcto traje de calle y el peso y abrigo de estos tocados de fieltro peludo que ahora se estilan. Que nos manden descubrirnos, y por mi parte, encantada. Y si al mismo tiempo los padres de la patria, atentos á la higiene, dispusiesen que se ventilase el

recinto durante las sesiones, aplauso cerrado. Se evitarían ellos las pulmonías de la salida. ¡Qué ambiente! (Sin retruécano.) ¡Qué ambiente tan impuro aquél! A ventilar; nos asfixiamos. Y á suprimir esas sesiones de madrugada, que recuerdan (por ese detalle) una Convención ó un Parlamento rabadilla, convocados en horas supremas y para tratar de algo más que de sombreros femeniles.

* * *

Por otra parte, debo reconocer que el Sr. Franco, promovedor en la Cámara del incidente á que aludo, tenía razón hasta por cima, no de los pelos, sino del sombrero de copa alta que use. Sus observaciones revestían gran sensatez y espíritu de justicia. Ahora hablo en serio. El Sr. Franco pretendía que pues se prohíbe el sombrero de las damas, no se tolere la grosería del cigarro, que no va sólo contra el recreo del espectador, sino contra sus pulmones y aun contra el decoro y las buenas formas que en toda reunión deben guardarse. Porque el cigarro está prohibido, pero se le hace la vista gorda, lo cual redundará en desprestigio completo de la autoridad, que debe mandar siempre con justicia y hacerse obedecer con rigor; y en este particular los señoritos y caballeros se muestran más cerriles y rebeldes que la gente del pueblo, por lo cual, así como se ha dicho que ver ahorrar á un ministro es el ideal de la justicia humana, diremos que ver multar á un señorito por no quitarse el cigarro de la boca sería la regeneración de las disposiciones gubernativas.

* * *

Y más acertado si cabe estaba el Sr. Franco al pretender que los teatros matritenses terminen á una hora racional. La cuarta de Apolo y de la Zarzuela, sin hablar de otros teatros de menor cuantía, son una de las causas del desorden de tanta parte del pueblo de Madrid. El que tiene que ganarse la vida no puede trasnocharse: el trabajo es amigo de las horas de la mañana. Crímenes y delitos, amén de holgazanería, nacen á favor de esas funcioncitas tardonas, después de las cuales se acaba la noche en la taberna. Veremos si el gobernador atiende á corregir tal escándalo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La epidemia variolosa que fustiga á Madrid ha hecho recaer de nuevo la atención pública sobre el tema de la vacuna, sus excelencias y sus inconvenientes. Aquéllas deben de ser infinitamente superiores á éstos, cuando la generalización de la vacuna y la desaparición de la viruela, gracias á tal profilaxis, es un hecho en los países más adelantados del mundo.

La República cubana (hablemos de ella alguna vez) está tan interesada en extinguir la viruela, que, según me han asegurado, comisiona médicos, con muy crecidas dietas, á los puertos españoles donde arrecia el movimiento de emigración á la Gran Antilla, para que vacunen gratuita y forzosamente á los emigrantes. Y si alguno de ellos padece enfermedad contagiosa y transmisible y lo comprueba el reconocimiento, hay instrucciones para rehusar el pasaje.

* * *

Refiérese — ¿será conseja? — que al preguntar desde España á las clínicas alemanas cómo se procede allí en las epidemias de viruela, fué respondido que no podían evacuar la consulta por haber desaparecido en absoluto de Alemania semejante enfermedad. En España, la introducción de la vacuna ha sido lenta y apenas se ha logrado desterrar y vencer la repugnancia del pueblo á la lanceta vacunadora. Hay aldeano que prefiere morir, hay criado que prefiere perder su colocación, á someterse á operación tan sencilla y fácil. No sé qué terror supersticioso brota en las incultas imaginaciones ante la idea de prevenir una enfermedad metiéndose en el cuerpo la enfermedad misma. «Señorita, eso es cosa de brujería ó del demonio — decíame años ha una vieja hilandera de la montaña, de esas que vaticinan junto al hogar al aullido del viento y al golpeteo de la lluvia. — Eso no lo hacen los cristianos.»

* * *

Una escuela médica reciente ha venido á confirmar en cierto modo las aprensiones de los analfabetos, alegando que la vacuna previene la viruela, pero transmite la tuberculosis, mal del que está inficionada la especie bovina. El incremento aterrador de la tuberculosis — según esta escuela — no se debe á otra causa. Yo confieso que, sin entender jota de medicina, atribuyo los pasos de gigante que parece dar la tuberculosis á infinidad de concausas. Lo caro de la vida en las grandes ciudades; la adulteración de las substancias alimenticias; el eretismo cerebral, que engendra el libertinaje y el ansia de placeres y excitaciones en todas las clases sociales, deben de contribuir también á preparar ese estado de miseria fisiológica que encamina á las enfermedades éticas, de consunción, como antaño se decía. A veces me ocurre dudar si, en efecto, éstas abun-